

momento descansamos de las luchas egoístas para vibrar en acorde de amor y en santa comunión de doctrinas, volvemos á las miserias de la vida; pero hemos encendido ya nuestras hachas de luz, sobre la lumbré eterna que brota de tu tumba, y ya con ellas, vamos á seguir por la vía que nos trazaste, llevando muy en alto la bandera del Liberalismo puritano, del que no acepta transacciones, del que debe de ser como tú fuiste: puro como la virtud, inflexible como la justicia, luminoso como la verdad y magnánimo como la fuerza.

México, Julio 18 de 1903.

Rodolfo Reyes.



JUAREZ

Y EL

LIBRO DE BULNES

ALOCUCION LEIDA POR EL

Lic. Ignacio Mariscal

EL 17 DE OCTUBRE DE 1904, ANTE ALGUNOS MIEMBROS DE LA
ACADEMIA MEXICANA DE LA HISTORIA.



MEXICO

IMP. Y ENC. DE ARTURO GARCIA CUBAS SUCEORES HERMANOS,
Calle del Arco de San Agustín núm. 3.

1904



FONDO HISTÓRICO
R. CARDO GOVARRIEMAS



Señores:

Invitado para hablar en una velada que debió celebrarse y no tuvo efecto el 8 del corriente, preparé mi pequeña alocución, la cual, aun cuando carezca de mérito, voy á leer á ustedes, sujetándola á su juicio como al de jueces competentes para los puntos históricos que en ella se tocan. Comienza con el siguiente epígrafe:

En vano alumbra el sol en claro día;
Para negar su luz no faltan ciegos
Y, el número abultando de sus manchas,
No han de faltar astrónomos enfermos
Que, enredados en cálculos prolijos,
Lo declaren pobrísimo lucero.
El sol, en tanto, iluminando sigue
La grandiosa extensión del universo,
Burlándose de críticos sin ojos
Y de ese loco afán de oscurecerlo.

SEÑORES:

COMPRENDO que he sido invitado á dirigiros la palabra porque se me considera, y á la verdad con justicia, como uno de los hombres que pudieran evocar recuer-

dos personales del gran repúblico á cuya honra se dedica esta velada; como uno de los pocos que sobreviven y estuvieron á su lado, si no en todo lo más interesante y arduo de su azarosa vida, al menos en una parte y durante algún tiempo en que tuve la fortuna de admirarlo muy de cerca. No por eso esperéis ninguna novedad sorprendente en lo que voy á deciros, ni tampoco ha de ofreceros mi alocución la bella forma que tanto realza y vivifica los conceptos de elocuentes oradores. Por otro lado, los principales elogios que deben hacerse de nuestro héroe, se han hecho ya, y yo mismo he tenido ocasión de pronunciarlos más de una vez en las celebraciones anuales consagradas á su memoria. Esas justas alabanzas se han repetido en estos días y nadie, sin dotes extraordinarias que yo no me atribuyo, interesaría con este asunto á su auditorio, si no fuera porque un lamentable incidente ha dado interés de actualidad á cuanto pueda referirse al Benemérito de América.

Demasiado conocéis ese incidente, reducido, Señores, á la publicación de un libro que pocos han hojeado y menos todavía leído por entero, pero cuyo contenido se sabe por todos en lo principal y para nadie ha sido indiferente. Ya es tiempo, sin embargo, de que ese escrito quede relegado al lugar que le corresponde; y puesto que se le combate desde luego y aun se le va á combatir más detenidamente, como si fuese una seria producción histórica, que cese de irritar nuestro sentimiento y no altere la equanimidad con que debemos seguir venerando el nombre del gran Juárez, de

ese héroe y de ese símbolo, demasiado altos para ser heridos por los siempre débiles, aunque ponzoñosos, dardos que la malicia ó el desequilibrio intelectual quisieren asestarle.

Supuesta la buena fe que me sería muy grata reconocer en el autor del libro, para sólo juzgar su obra como una atrevidísima y muy estudiada travesura de ingenio; supuesta esa buena fe que es caritativo suponer aun en los casos más dudosos, ¿cómo explicar, además de supresiones ó truncamiento de textos, que ya se han notado, una omisión que también ha sido ya observada y en lo que no cabe olvido, la omisión de la ley Juárez, expedida para abolir los fueros militar y eclesiástico? Ya se ve, el autor que escribe un voluminoso libro para apreciar en su justo valor la personalidad de Juárez, prescinde no solamente de sus servicios como Gobernador de Oaxaca, sino de todo lo relativo á la Reforma, es decir, de la mitad en importancia de su gloriosa vida pública. Considerando sólo la ley que lleva su nombre, ese fué el primer paso que dió su autor, con un arrojo y previsión admirables, para provocar la lucha que debía dar por resultado la Reforma. Y ese paso lo dió Juárez por sí solo en los momentos en que se separaba del Gabinete el ilustre Don Melchor Ocampo, descorazonado por la oposición de moderado incorregible que le hacía Comonfort. Ese paso lo dió previendo lo que podía ocurrir, una rebelión militar promovida y costada por el dero, como lo fué el pronunciamiento acaudillado en Puebla por Haro y Tamariz. Y que Juárez dió ese paso con toda

previsión, me consta por haber estado yo, debido á circunstancias especiales, al lado suyo en Cuernavaca y en esta capital, recién llegado el General Alvarez. (*) Ese paso lo dió aquel indio sin iniciativa y con cerebro de plomo, como tan irrespetuosamente se expresa el Sr. Bulnes.

Mas no nos indignemos contra él, Señores: imitemos á Jesucristo que maldecía el pecado, mirando en todo tiempo con misericordia al pecador. Imitemos al

(*) Juárez aprovechó diestramente una corta ausencia de Comonfort para lograr que el General Alvarez consintiese en la promulgación de la ley. Esta se encontraba lista para la imprenta, pues desde Cuernavaca el Ministro de Justicia me había encargado su redacción, dándome un ligero apunte que comprendía sobre todo la abolición de los feudos. —Comunicada la ley para su cumplimiento al arzobispado de México, por las relaciones oficiales de entonces con la autoridad eclesiástica, el Arzobispo la declaró contraria á los preceptos de la Iglesia. Por su parte, la Suprema Corte de Justicia, cuyas facultades iban á disminuirse estableciendo el Tribunal Superior del Distrito, pudo encontrar en ello algún pretexto y se resistió á obedecerla, alegando no haber sido consultada para su formación no obstante ser ella (la alta Corte) el primero y principal de los tribunales de la Nación. Juárez entonces, en uso de las facultades extraordinarias que tenía el Ejecutivo, disolvió á la Corte rebelada, formando otra con nuevos Magistrados. Fué éste un rasgo de energía muy oportuno, cuyo mérito se comprendió en aquellos días en que nadie ignoraba el influjo que los Magistrados destituidos ejercían por sus antecedentes en el foro, así como por su posición social. Eran realmente en su mayoría hombres afortunados, si bien, por sus viejas preocupaciones religiosas y políticas, mal dispuestos para la reforma que los asustaba en la nueva ley de justicia.

A más del pronunciamiento de Haro y Tamariz, Juárez ocasionó con su ley otro de carácter local que sus amigos reprimieron, sin que él mostrase debilidad alguna, sino todo lo contrario. Separado del ministerio al quedar Comonfort de Presidente en sustitución de D. Juan Alvarez, se dirigió á Oaxaca para encargarse de su gobierno, y llegando á Tehuacán tuvo noticia del pronunciamiento de un Coronel Villareal por el que se le desconocía como Gobernador, «pues siendo el autor de la ley anticlesiástica, se empeñaría en cumplirla,» según lo decía un considerado. Bien había previsto aquel grande hombre los obstáculos que se opondrían á la primera reforma por él intentada; pero se había resuelto entrar valientemente en el camino de las que eran necesarias para hacer posible, algún día, la feliz transformación de la República.

mismo Juárez que siempre se mostró sereno y desapasionado: copiemos su tranquilidad inalterable y su juiciosa calma, que no eran insensibilidad, ciertamente, sino superioridad nacida del equilibrio de sus facultades. Asombrémonos tan solo de que se le nieguen las cualidades que con mayor evidencia lo distinguen, la energía, por ejemplo, cuando se pretende demostrar que fué *inquiebrantable* (dicho así en lenguaje paradójico) la debilidad que le era propia!

A este propósito, séame permitido referir un incidente en que tuve alguna parte y que no mencionan nuestros principales libros históricos. A pocos días de que desapareció la escuadrilla de Don Tomás Marín, venida de la Habana para ayudar á Miramón en su asedio á Veracruz, surgió en las aguas del puerto una barca que traía municiones y efectos para dicho general. Su capitán llegó á la bahía confiando en que Veracruz estaría ocupado por las tropas reaccionarias. Aprehendida la «María Concepción,» fué consignada al juez de Distrito, quien la declaró buena presa. Pasó en segunda instancia el asunto al Tribunal de Circuito, que estaba á mi cargo y debía pronunciar la ejecutoria. A poco, el jefe de una escuadrilla española de tres buques de guerra surtos en Sacrificios, pidió se le entregase la barca dentro de veinticuatro horas, amenazando, en caso contrario, con tomarla á viva fuerza. No había quizá elementos bastantes para impedirlo, y el hecho produjo grande alarma, verdadero pánico en los habitantes del puerto, que recordaban los males sufridos en el reciente bombardeo. Entonces el Señor

Juárez me mandó decir que, si me era posible conforme á la ley, fallar dentro de aquel plazo, lo hiciera así, pronunciando, por lo demás, la sentencia sin preocupación alguna, con arreglo á justicia. Pude legalmente pronunciarla dentro de las veinticuatro horas y lo hice confirmando el fallo de primera instancia. Por toda respuesta á su ultimatum, se dió al jefe de la escuadrilla una copia de esa resolución. Creyóse que en seguida vendría el ataque para recobrar la nave, anclada entre el muelle y el castillo de Ulúa; pero, debido á causas desconocidas, la amenaza no llegó á realizarse. En este caso, como en todos, Juárez, lejos de mostrar debilidad, supo sobreponerse á toda consideración meticulosa.

¿Ni cómo había de ser débil el hombre que reprimió el pronunciamiento de la Ciudadela, despachando él solo, sin su Ministro de la Guerra, las tropas que lo sofocaran, dando personalmente severas y oportunas instrucciones á su jefe? ¿Débil el que en Guadalajara no quiso dar la orden, que el pronunciado Landa le exigía, de que cesara el ataque de Cruz Ahedo al frente de la guardia nacional, y esto cuando se le amenazaba con la muerte y pocos momentos antes estuvo á punto de ser ejecutado, con las bocas de los fusiles junto al pecho! ¿Débil el que tanto resistió y luchó tan largo tiempo resistiendo todo desorden, todo desvío del camino legal y del programa acordado para la defensa de la Reforma ó de la Independencia! ¿Débil el que se sobrepuso á la influencia del Gobierno Americano, tan poderosa en aquellas circunstancias, y negóse á indul-

tar al Archiduque, obedeciendo sólo á la justicia y á la razón de estado! ¡Débil, en fin, el que (en el pintoresco lenguaje del Sr. Bulnes) servía de obstáculo invencible con su inercia basáltica y como un Badha de esta India occidental hecho de tezontle ó de chiluca! Contradicciones son éstas en que abunda sin cesar un libro dedicado en casi toda su extensión á rudos ataques contra Juárez, apoyados en pruebas aparentes ó capciosas, no faltando, sin embargo, hacia el fin, algunos elogios á nuestro héroe en frases generales sin comprobación, tal vez por un tardío remordimiento.

Las demás imputaciones que se le hacen negándole sus cualidades características, son igualmente infundadas; pero ya que es imposible refutarlas en breve discurso, baste lo expuesto anteriormente, para que se comprenda cuánta es la ligereza (llamémosla así) con que está escrito ese libro escandaloso.

La grandeza de Juárez, señores, no es, con todo, su infalibilidad, su perfección absoluta y de consiguiente sobrehumana; no es él para nosotros un dios ni un semidios, sino un grande hombre. Si lo llamamos héroe, es en el sentido moderno y no en el mitológico, y si alguna vez hablamos de su apoteosis, comecemos solamente una figura retórica. Nuestra veneración á su memoria no constituye un fanatismo, sino un sentimiento fundado en convicción razonada, y no estrañaríamos que, escribiendo en estilo mesurado, con el respeto debido á todo hombre célebre cuyo recuerdo es venerado en el país, escribiendo, además, con notoria buena fe, se probase ó tratase de probar que incurrió

en determinados errores ó en faltas más ó menos graves. Pero inútil me parece insistir en que el libro del Sr. Bulnes carece de estas condiciones.

Notorio es, por otra parte, el fundamento de nuestro culto á la memoria de aquel hombre-símbolo. Él y nadie más que él personifica dos grandes y gloriosas épocas de la historia de México, la que hemos apellidado de la Reforma, aludiendo sin duda á la revolución religiosa del siglo XVI, y la que nombramos, no sin razón, de nuestra segunda independencia. Juárez representa una y otra, porque estuvo durante todas ellas á la cabeza del grupo iniciador de esos dos movimientos populares, porque su personal iniciativa contribuyó en muchos casos al impulso heroico del pueblo mexicano, y su firmeza incomparable sostuvo siempre á ese pueblo hasta llevarlo á la victoria.

Descender á la prueba de estas verdades, recorriendo la historia de aquellas dos memorables épocas, requiere varios volúmenes y en todo caso excedería con mucho los límites de cualquiera alocución. Esos volúmenes, á lo que entiendo, se han empezado á escribir y entre tanto se han dado á luz los estudios que deben precederlos. Labor importante, si se quiere, para la historia completa y acabada de México; pero labor innecesaria para defender á Juárez de ataques sin alcance alguno en los sentimientos de los mexicanos y en el juicio imparcial de los extranjeros. Si, como parece, lo que se propuso el autor de esos ataques no fué probar que Juárez cometió algunos desaciertos, al igual de cualquier varón ilustre, sino que es indigno de celebra-

dad porque era un hombre pequeño y vulgar sin las virtudes y el levantado carácter que se le suponen; si tal fué su propósito, su desdichado empeño se estrella en la opinión de todo el mundo civilizado, sólo puede pasar como un esfuerzo de ingenio caprichoso y extravagante, como una demostración de que no existió Napoleón I, de que Jesucristo fué también un ser alegórico sin existencia real, y otros juegos literarios aplicados á la historia, que suelen aparecer de tarde en tarde.

Desgraciadamente el que así pretendió quizá divertirse con lo más serio, atacando uno de los ideales del pueblo que lo rodea y al cual pertenece, desgraciadamente olvidó que un ideal es un objeto sagrado y no puede atacarse impunemente. Ha suscitado, en consecuencia, general indignación. Resultado natural, indefectible, que no ha debido sorprenderle y que él pudo prever con su innegable talento; á no ser que lo aceptara de antemano sin vacilación para levantar cosecha de notoriedad y escándalo. No han faltado en ninguna época ingenios y personajes ambiciosos que confundan ese género de resonancia con la celebridad y aun con la gloria. Deploremos, señores, semejante extravío, más bien que ceder al primer impulso á un arrebato pasional y ciego, indignándonos contra un escritor que ni ha de perjudicar el renombre de Juárez en nuestra patria, ni ha de menoscabarlo en el extranjero.

En México ya vemos el efecto que produce en el gran partido ó comunión liberal; le exalta en vez de deprimirle, su admiración por el héroe de la Reforma.

y de la segunda Independencia; levanta más alto, en vez de demoler, como él lo dice, al ídolo que intenta derribar; y en cuanto á nuestros adversarios en política, el libro del Sr. Bulnés, si bien halaga en parte sus ideas, inspirándose al hablar de Juárez en lo escrito por los conservadores, * no ha de aumentar en ellos el encono que profesan contra el gran Reformador y Defensor de la República. Por lo que hace al exterior, bien poco ha de ser leído ese libro en castellano, ni aun cuando se traduese á otra lengua, porque siendo de crítica más ó menos documentada, no es de amena lectura, á pesar de su estilo chispeante donde campean la hipérbole y el efectismo, divirtiéndolos algunas veces, bien que inspirando desconfianza en la seriedad de los conceptos. En los raros lectores que tenga fuera del país, encontrará una opinión ya formada por el consentimiento universal, basado en autoridades de toda especie. Dondequiera podrá recordarse que amigos y enemigos de Juárez le han dado un lugar preeminente en nuestra historia: podrá recordarse que un estadista como Seward director en Washington de la política extranjera y un conocedor de los sucesos desarrollados en nuestro territorio durante la intervención de Francia; ese ilustre americano, que había conocido las emi-

* De tal manera coincide el Sr. Bulnés con alguno de esos escritores que parece en efecto, haberse inspirado en su lectura. Véanse si no en los artículos de D. Alejandro Villaseñor y Villaseñor publicados por «El Tiempo» y reunidos luego en un volumen con el título de Estudios Históricos, la página 132 donde se juzga de un modo general y despectivo el tentó de Juárez, y la 157 donde se hacen apreciaciones de los tratados con Almonte y Mac Lane Ocampo, idénticas á las que adopta el Sr. Bulnés.

nencias políticas en su país y en Europa, no vaciló en proclamar públicamente á Juárez, confirmándolo luego en lo privado, como el hombre más grande de cuantos había conocido en su larga vida. Varios congresos de nuestras hermanas las repúblicas de este Continente declararon á Juárez Benemérito de las Américas. No solamente insignes liberales como Víctor Hugo, Gambetta y Castelar, ó notabilidades políticas como Emilio Ollivier,* sino las más conocidas enciclopedias, que reflejan la opinión común entre personas instruidas, el Diccionario de Larrouse, la Enciclopedia Británica, edición americana, el Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano, lo califican de un gran patriota elogiando su habilidad y sus virtudes. El mismo Luis Napoleón llamaba á nuestros patriotas en lucha con la intervención y sus aliados «hordas de Juárez,» personificando así en Juárez al pueblo mexicano que combatía. El Archiduque Maximiliano, deseoso de hacer la paz y de consolidar su gobierno, á Juárez fué á quien dirigió su famosa carta, reconociéndolo á él y no á otro alguno como al jefe y representante de todos los enemigos del imperio. Cuando creyó erróneamente que Juárez había abandonado el territorio nacional, dió por terminada la contienda, como si hubiese desaparecido

* Emilio Ollivier, que fué Ministro de Napoleón 3.º durante el tiempo de su intervención en México y que está publicando una historia del segundo imperio francés, al describir la situación de nuestro país en 1861, dice lo siguiente: "Benito Juárez estaba á la tura del papel que los acontecimientos le ofrecían. Era un varón de Plutarco y de quien pudiera enorgullecerse cualquiera nación. *C'est un homme de Plutarque dont toute nation pourra s'enorgueillir.*" (L'hipre Libéral, tomo V, pág. 211). Más adelante en su historia, hace nuevos elogios de Juárez por toda su conducta durante la intervención.

el hombre importante á quien más temía, y no pudo menos de elogiarlo en su manifiesto del 2 de Octubre de 1865, que comienza así: «La causa que con tanto valor y constancia sostuvo D. Benito Juárez» etc.

¿Y después de estas y otras mil opiniones semejantes de imparciales ó de enemigos declarados, temeremos que un libro más ó menos artificiosamente escrito empequeñezca ante el mundo la memoria de Juárez? Eso sería creer en la omnipotencia del sofisma contra la evidencia misma de los hechos, desconfiando del poder de la verdad para confundir los mañosos ardidés de la calumnia. Eso sería temer que venga abajo un edicio de mármol sólidamente construido, por el lodo que le arroje algún pilluelo. Eso sería, en fin, perder nosotros la razón ú oscurecérsenos el raciocinio, comparece haberle acontecido en esta vez al hábil escrito á quien aludo.

No es mi ánimo, Señores, ofenderlo cuando así me siento obligado á expresarme. Si tal fuera mi intento, habría esbogado para epígrafe de estas mis observaciones las siguientes palabras de un célebre filósofo y crítico inglés en su obra titulada Culto á los Héroe: «Triste, —dice Carlyle— triste es la tarea del necio pedante que se esfuerza en rebajar el carácter de un héroe para surpar el derecho de aborrecerlo.» En este caso diríanos, de insultarlo sin motivo, pues no creo que el Sr. Bulnes lo tenga para aborrecer á un ilustre difunto. No, ciertamente; y tampoco le es aplicable la calificación de necio pedante, siendo así que de buena fe no le pueden negar ni la instrucción ni el ta-

lento. Conociéndolo yo solamente como orador parlamentario, por no haber leído sus demás libros, no comprendo qué móvil lo ha extraviado al escribir el que ahora tanto se comenta. Su aberración es apenas explicable por un deseo inmoderado de notoriedad, cuando pudiera aumentar su conocida reputación por medios inofensivos. Quizá su proceder tenga alguna otra explicación, que yo no alcanzo por no ser perito en la ciencia psiquiátrica.

Sea de esto lo que fuere, señores, ningún temor debemos abrigar por la fama de Juárez, que si pertenece á los tesoros de nuestra patria, también es una legítima y bien asegurada adquisición de la historia. La gran figura de nuestro héroe permanecerá siempre erguida en el glorioso panteón del Nuevo Mundo allado de Hidalgo y de Morelos, de San Martín, Bolívar, ó de Washington; se mantendrá siempre incólume en medio de nuestras disputas, como una roca en medio del mar, ó como la famosa estatua de la Libertad iluminando al mundo. Y pasarán generaciones y la tan sencilla y magestuosa efigie de nuestro Libertador se alzará en el campo de los anales mexicanos como uno de los grandes monumentos de la época moderna, como el grandioso templo erigido en México por la virtud y la constancia durante el siglo XIX.



